

lo fondo de la agua, llevando á cuestras muchas joyas y plumas y muchas piedras preciosas, los cuales entraron á los manantiales, y allí ofrecieron toda aquella riqueza, enterrándolo en los mismos manantiales: tambien les administrauan otras muchas piedras grandes hechas ydolos, especialmente una hecha á la figura de la diosa de las aguas, con las cuales cegaron en alguna manera los ojos de agua, donde despues de menguada mandó el Rey deshaçer las presas para que el agua siguiese su curso antiguo, y así fué luego hecho.

Los sacerdotes, que hasta aquella hora auian estado con sus encensarios y tañendo sus flautillas y caracoles, cesaron, y tomando todos sus nauajuelas empezaron á sacrificarse y á sacarse sangre de las orejas y de los molledos y espinillas, todo para aplacar á la diosa del agua: pareciéndoles que ya estaria aplacada, y haciéndolo en creyente así al pueblo, sacrificaron otros dos niños, lo qual hecho, el Rey *Auitzotl* se fué á aposentar con los demas Reyes y Señores á la ciudad de Cuyuacan, donde pidiendo perdon de la muerte de su señor, elixió y señaló por legítimo erederero del señorio á un hijo de *Tzutzumatzin*, lo qual hecho, mandó que de la prouincia de Chalco y Tezcucó y de Tacuba y Xuchimilco y de toda la tierra caliente, acudiesen luego á México con tributo de canoas y balsas de madera, las mayores que se pudiesen labrar, á causa de que ya la ciudad no se podia andar á pié enjuto, porque estaban los patios de las casas y templos con dos palmos largos de agua cubiertos: las casas Reales y de Señores ya no se podian habitar: muchas casas de la gente plebeia estauan ya delante del agua.

Y así, con toda presteça se truxeron mucho número de canoas y balsas, y repartiéndolas entre los señores y todo el comun, echauan en ellas su hato: y todo lo que tenian allí se estauan de noche y de dia, porque las casas estauan inauitables, para cuió reparo mandó el rey que de toda la redondez de la tierra y de las prouincias sujetas á México, acudiesen á él á le redificar, lo qual fué luego puesto por obra, á donde acudieron todas las prouincias y naciones con estacas, céspedes, tierra, piedra, con lo qual cegaron toda el agua en los lugares que auia entrado, quedando debaxo del agua muchos de los edificios antiguos y tornaron á redificar á México, de me-

jores y mas curiosos y galanos edificios, porque los que tenia eran muy antiguos y edificados por los mismos mexicanos, en tiempo de su pobreza y poco valor, y así auia cosas muy viles y sueces; empero desta vez edificaron los Señores, y los que no lo eran, á su voluntad, á causa de que edificauan por mano agena, dando á cada principal un pueblo y dos de repartimiento para edificar su casa, y así pintauan como querian, conforme á la premática, cada uno en su estado, y así quedó de aquella vez México muy ilustrado y muy curioso y vistoso, con casas grandes y curiosas, llenas de grandes recreaciones de jardines y patios muy galanos, las acequias muy estancadas y cercadas de arboledas de sauzes y álamos blancos y negros, con muchos reparos y defensas para el agua, que aunque fuesen muy llenas no hiciesen nengun perjuicio; todo lo qual el rey *Auitzotl* lo mandó pagar y satisfacer á todos los oficiales y comunidades, dándoles mantas, ceñidores, cacao, chile, frisol, esclavos, todo sacado de sus tesoros, con lo qual todos quedaron muy satisfechos y la ciudad de México muy ilustrada.

CAPITULO L. 1

De cómo vino nueva á México que los de la prouincia de Xoconochco, Xolotla y maçatecas, maltrataron á los de Tequantepec, porque se auian rendido á México, y de la guerra que los mexicanos les dieron.

Luego que se acauó el reparo de la edificacion de México y lo demas que en el capítulo pasado se a contado, siendo la suerte de los mexicanos tal, que pocas veces les daua mucho reparo ni quietud, vínoles nueva cómo los de la prouincia de Xoconochco y la de Xolotla, y la prouincia de Maçateca maltrataron á los de Tequantepec y les auian hecho muchos daños, por auerse dado á los mexicanos, llamándolos de gente cobarde y poniéndoles otros nombres afrentosos y mugeriles, los cuales entre los muchos daños que hacian, era matar muchos mercaderes de las prouincias de México

1 Véase la lámina 17^a, part. 1^a

que iban á sus grangerías ordinarias, porque andauan las gentes destas prouincias por los caminos y por los montes en munchas quadrillas como salteadores, despojando y robando á todos los pasajeros y robando los pueblos comarcanos de la prouincia de Tequantepec. Venida esta nueva á México y pidiendo los tequantepecas socorro para atajar el daño que por aquella parte se les hacia, á causa de los mexicanos, oydo por el rey, mandó juntar sus consejos de guerra y quiso que en ellos se hallasen los señores comarcanos todos, con el Rey de Tezcuco y Tacuba, los quales uenidos, el Rey *Auitzotl* dixo desta manera:

“Ya veis, poderosos reyes y señores, quán poco sosiego nuestra suerte y ventura nos da para el descanso corporal, y bien veo para todo teneis pecho y valor, pues en mayores trabajos lo aueis mostrado; y así yo espero en la fuerza y vigor de vuestros coraçones que en esta que se nos ofrece no desmayareis, porque yo confio en el Dios de lo criado, del dia y de la noche, que el que siempre les auia dado victoria, que en ésta no se la negaria.” Y contándoles el daño que los de Xoconochco hacian en las prouincias recién ganadas de Tequantepec y las demas, por auerse sujetado á su corona Real, encareciéndoles el negocio y afeándoles la muncha libertad y menos precio y el atrevimiento que aquellas gentes auian tenido, procuró con sus largas razones indagar y provocar los coraçones y voluntades de todos, para que con mayor voluntad se moviesen á ir á aquella guerra, poniéndoles por delante el mal y daño que de estar aquellas prouincias reueladas se seguia á todas las naciones mexicanas, por el trato de oro y piedras, plumas y cacao y otras muchas riqueças de que por aquella vía gozaban, de lo qual carecian si no se allanase y conquistase con la brevedad posible; porque las prouincias conquistadas de aquellas costas ternian bastantes excusas para no acudir con los tributos que eran obligados á dar, diciéndoles tenían atajados los pasos, y defendidos los caminos, y que los robaban y affigian, y que si no acudian con socorro al señor de Tequantepec, que por ventura se tornaria á revelar contra México y que seria el trabajo doblado y la victoria dudosa juntándose con los otros.

Oydas estas razones por los reyes y grandes señores que presen-

tes estaban de todas las prouincias comarcanas, salió determinado entrellos que la guerra luego se apregonase, y se hiciese la mayor junta de gente que se uiese hecho muchos años atras, y para ello mandaron que todos los moços de diez y ocho años pararriba fuesen á la conquista destas prouincias, y que se les diesen armas de todos géneros á las quellas mas se aplicasen y pidiesen; lo qual fué luego divulgado por todas las prouincias con la diligencia posible, y la gente luego recogida y muy á punto, de lo qual fué dada noticia al Rey *Auitzotl*, cómo todas las gentes estaban muy á punto y que hallaban auria juntos docientos mill soldados, sin otra mucha gente de carga que iba, y muchachos que se holgaban de ir con el ejército, toda gente muy lucida y deseosa de ganar honra y de buscar su aprovechamiento.

Luego que el Rey supo cómo la gente estaba ya á punto con todo lo necesario, mandó que partiese para la prouincia de Xocunuchco, y que cada prouincia fuese por sí, para que se pareciese la gente que de cada prouincia iba, y así partió la gente de toda la prouincia tezcucana por sí, y la de Tacuba por sí, y la de Chalco por sí, y la de Tierra caliente por sí, y la de Xuchimilco con toda la Chinampa por sí, y la de toda la Cuauhtlalpa por sí, todos en sus capitánias y compañías, muy en órden, todas las quales pasaron por la presencia del Rey, que los salió á esperar á Chalco; y viendo que los reyes se quedaban y no iban á esta guerra y conquista tan insigne, usó de un ardid, y fué que tomando de su recámara sendas rodela y espadas y unas armas muy galanas con sus deuisas, de las quales armas y deuisas solos los reyes usauan, y envióselas á cada uno la suya, sin enuialles á decir cosa nenguna de que fuesen ó no. El Rey de Tacuba, entendiendo lo que en aquello le daba á entender el Rey *Auitzotl*, él se envió á excusar, diciendo que ya él era muy viejo y que ya no podia ir á guerra tan lejos y conquista tan larga; que le suplicaba le perdonase, que él holgara de le ir sirviendo, pero que le enviaba en su lugar dos hijos suyos, muy valerosos, por generales de la gente de su parcialidad, los quales suplirian por él; y así dió al mayor dellos las armas y deuisas que *Auitzotl* le auia enviado.

El rey *Neçaualpilli* de Tezcuco, dicen algunos autores que fué

á esta guerra y que se mostró en ella muy valeroso; otros dicen que no fué, ni esta historia mexicana lo declara, solo dice que fueron los mas valerosos tetzocanos acompañados de sus señores todos, gente de mucho valor, á prouarse en tan señalada ympresa y conquista; y no es de maravillar que no fuese *Neçualpilli*, porque esta historia le pinta hombre flaco y afeminado y de pocas fuerzas y flaco y tenido mas por propheta, que decia lo porvenir, que no por guerrero, aunque en una pintura tezcucana le ví pintado con sus armas y un espada y rodela en las manos, y un yndio asido de los cauellos, y un retulo á los piés que decia, "aquí prendió *Neçualpiltzintli* á este capitán en la guerra de Vexotzinco," y estaba señalado el año; y como la historia mexicana no cure de hazañas ajenas sino de las suyas, pasa por las que no le tocan; solo le va notando de hechicero y que fué encantador ó brujo, á él y un gran señor que uvo en Cuitlauac, que llamaron *Tzunpantecutli*, á quien los de Cuitlauac honraron como á dios, porque les dixo las cosas por venir: en particular alcançó la venida de los españoles, y se la dexó prophetizada, aunque en confuso y con muchas fábulas y mentiras.

Partió, pues, el exercito, y iendo con él el rey *Auitzotl* en persona, para poner ánimo á su gente, por los lugares donde pasaban les hacian muy grandes recibimientos, proveyéndoles de todo lo necesario, y al Rey ofreciéndole ricos presentes de sus riquezas y comunidades, el qual luego partia con los grandes y caualleros del exercito, de todas las compañías; en lo qual siempre el Rey *Auitzotl* se mostró muy generoso y magnánimo, y así era muy querido y servido, el qual con su exercito llegó á la ciudad de Oaxac, donde halló al señor de Tequantepec con todos los señores y caualleros de aquella comarca, que le estaban esperando, al qual hicieron un solenísimo recibimiento, ofreciéndole grandes riqueças, de oro, joyas, piedras, plumas, mantas, cueros; haciéndole largas y retóricas pláticas y oraciones en agradecimiento de su venida personalmente á favorecellos: ofrecieronle muchas rodela y armas de mucha curiosidad y riqueza, obradas de ricas plumas, las rodela todas guarnecidas de chapas de oro en diferentes labores y insignias. El Rey se lo agradeció mucho, y delante dellos las repartió á los capitanes para que los sirviesen con ellas en aquella guer-

ra, lo qual tuvieron, así los unos como los otros, á mucho favor y merced, donde juraron todos al Rey, viéndose tan honrados y favorecidos del, de no volver á sus tierras ni casas, sino morir en su servicio en aquella conquista, sobre lo qual alçaron todos las manos á lo alto, que entre ellos auia de ser modo de jurar, ó prometer, como lo usauan los cartaginenses, que alçauan las manos á los dioses para hacelles votos y promesas; lo qual jurado, agradeciéndoselo el Rey, mandó partiese la gente muy en órden en sus cuadrillas y parcialidades, como hasta allí auian venido, y que no parasen hasta Tequantepec, donde llegó muy en breve, llevando los señores y gente principal de Tequantepec al Rey *Auitzotl* en hombros, sentado en una hamaca cubierta de muy ricas mantas y cueros de tigres.

Llegado que fué le salió á recibir el Rey de aquella tierra, con mucho aplauso y magestad, acompañado de grandes señores, que de todas las ciudades y lugares comarcanos se auian recogido para el effeto, los quales, postrándose ante él, le pusieron una corona en la caueça, de oro, y en los braços unos braceletes y en las piernas unas calcetas de lo mesmo, y en las orejas sus orejeras y en el labio baxo una rica esmeralda y en las narices un rico beril, vistiéndole unas reales mantas, todo al uso mexicano, con los quales adereços le metieron en la ciudad en unas andas, todas aforradas de cueros de tigres y á trechos unas ataduras de oro con mucha plumeria que de las ataduras salia, donde se le hizo una larga oracion dándole el parabien de su venida. El Rey rindió muchas gracias al señor de Tequantepec y le puso asiento á su lado, á quien los señores mexicanos sirvieron como á la mesma persona real, haciéndole dar *Auitzotl* un vestido real tan precioso y rico como el que á él le auia dado, de lo qual todos los señores de aquellas prouincias quedaron muy satisfechos y alegres de ver la honra que á su Rey se le auia hecho, obligándose al Rey y á su servicio; donde reposó y descansó por algunos dias, y todo el exercito, aunque fuera de la ciudad en tiendas y casas levadiças, á todos los quales sustentaron aquellas prouincias todos los dias que allí estuvieron aloxadas.

Despues de auer descansado el Rey mandó llamar al señor de Tequantepec y le rogó le diese toda la mas gente que pudiese: lo